

**Homilía de Mons. José Luis Azuaje Ayala, en la celebración eucarística de la bajada  
de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá  
Plazoleta, 30/10/2021**

Queridos hermanos y hermanas.

“Tu padre y yo te hemos estado buscando llenos de angustia”, no era para menos la angustia, tres días sin saber de su hijo, de su destino; un padre y una madre en la incertidumbre, porque buscar sin conseguir genera desesperanza. Esta historia se repite en cada generación, la búsqueda constante de aquello que no encontramos, en este caso era un niño de 12 años, pero en muchos casos somos nosotros mismos los que no nos encontramos, más cuando vivimos bajo amenaza de una pandemia que como enemiga invisible, nos rodea como pueblo, familia y persona.

Buscar, siempre es un riesgo, un desafío. Pero cuando sabemos que lo que buscamos es un valor precioso, vale la pena el sacrificio y hasta el desgaste. Estaremos desenfocados al inicio yendo y viniendo, preguntando, discerniendo, hasta que encontramos la pista, la ruta para la certeza. En esa búsqueda debemos hacernos muchas preguntas que nos orientarán, no nos dejarán a la deriva, sino que nos alineará en visión de conseguir lo que buscamos; habrá muchas direcciones, pero sabremos elegir cuál es la más propicia, porque la angustia tiene algo positivo, no nos deja pasivos, antes bien nos cuestiona con un pensamiento múltiple de respuestas. Un niño de 12 años es un tesoro, encontrarlo es un tesoro, encontrarlo como pueblo es también un tesoro.

En esta celebración la Virgen y San José también nos buscan. Ella vendrá a nosotros, bajará de su camerín para encontrar al pueblo de Dios reunido, poco a poco la iremos viendo, hasta tener nuestra mirada fija en su rostro amoroso y en el del virtuoso San José. Ellos buscan al pueblo de Dios en medio de una pandemia que ha generado sufrimiento a las familias e instituciones, que ha limitado el nosotros comunitario de pueblo y de familia, y lo encuentran en esta plazoleta, al frente del santuario de la casa de la Virgen donde nuestro pueblo viene a venerarla. Significativo encuentro que nos introduce en el misterio del amor de un pueblo por su Madre, y de la bondad de un Hijo al dárnosla. José, María y Jesús nos buscan como familia, no como individualidades, el interés es de vivir y ser familia; por eso el texto bíblico nos dice que el niño “entonces volvió con ellos a Nazaret y siguió sujeto a su autoridad”, volvió con ellos en familia, porque la familia es comunión, es casa de encuentro, donde cada uno tiene su servicio en bien del todo orgánico.

La familia es considerada uno de los espacios virtuosos de la sociedad, donde se aprende a valorar la vida propia y la de los otros, donde se comparte en solidaridad, donde se nutre el alma desde la religiosidad, donde empezamos a socializarnos en comunidad. Es un espacio sagrado para el crecimiento creativo que nos prepara para el futuro. No hay condicionamiento que detenga esta realidad; lo aprendemos de la familia de Nazareth, recordemos lo que nos dijo el Papa Francisco: “María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura... Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las cosas... Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios” (EG 286).

Hoy nuestras familias están amenazadas por los condicionamientos económicos, las cargas negativas que invaden su psique, el stress ante los esfuerzos de sobrevivencia, su desnutrición cultural y alimentaria, el tiempo cronológico perdido en actividades que rayan en la injusticia y muchos otros aspectos, esto nos indica que debemos reorganizar la sociedad en función del bienestar de nuestras familias y no de instancias ideológicas; para ello no debemos caer en “más de lo mismo”, o mantener estructuras o tradiciones caducas que ya no nos dicen nada y nos mantiene pasivos, sin pensamiento creativo, sumergidos en una inopia que aunque nos haga sufrir, la mantenemos con un narcisismo tal que muchas veces nos complace. El sálvense como puedan y la falta de visión global de la realidad, asfixian propuestas y tomas de decisiones. Es necesario mirar con otros ojos, aguzar la mirada y ver las oportunidades, pero no desde los intereses individuales, sino desde el sentido comunitario que es animado a través de valores que no perecen, aunque pueden estar opacados. La primera lectura nos habla de valores necesarios en nuestra sociedad y nos los ofrece como verbos en acción, permítanme recordarlos para el mundo social y familiar:

- **Honrar:** su significado es estimar, respetar, admirar. Tiene una profunda carga de valor, tres veces es mencionado en la primera lectura. Es un verbo pleno de significado comunitario, de reconocimiento de la dignidad humana de la otra persona que es distinta, que piensa diversamente, pero por ello no es adversaria ni enemiga, sino la que me hace activar la conciencia del valor del otro ser humano y del servicio a la familia y a la sociedad. El ser humano es un ser “admirado por Dios”, por eso nos ha creado a su imagen y semejanza, y nos ha contemplado con interés de tal forma que nos ha dado toda la creación para que la administremos. ¿Por qué no podemos nosotros detenernos a admirar la belleza de Dios en cada rostro humano?.
- **Respetar:** es una de las acciones más débiles en nuestra sociedad. Lamentablemente el materialismo y la crisis ética personal e institucional nos ha metido entre ceja y ceja que lo valioso es la materia: posesiones, dinero, bienes y ha generado un irrespeto a la libertad personal, al pensamiento creativo y a los valores, así como ha sembrado en todo el país la corrupción y violencia. Debemos retomar el camino virtuoso que provoca perfección hasta donde es posible y nos alienta a respetar y valorar la dignidad humana, esa esencia del ser que le hace ser consigo mismo y con los otros, pero también el respeto al bien común, al destino universal de los bienes, a la equidad, a lo que pertenece a todos, como es la riquezas materiales, culturales de un país y sus valores. El respeto implica reconocer al otro como diverso, no como yo quiero que sea, sino como se presenta ante mis ojos y genera una interpelación en mi concepción del ser humano que me empuja a buscarlo, a generar una cultura del encuentro.
- **Obedecer:** Una de las grandes crisis sociales se hace presente cuando confundimos libertinaje con el valor de la libertad. Esto se hace notorio en el abuso del poder, en el apropiarse del futuro de una sociedad asumiendo una excesiva libertad que nadie se la otorgó. Hay un dicho que expresas que quien obedece no se equivoca, porque sus decisiones y acciones están unidas a un proyecto común que se pueden llamar, leyes, normas, constitución, valores familiares, mandamientos. Considero que obedecer implica un razonar, implica implementar la justicia enfocada desde el valor de la verdad, y es una actitud ascética de disposición del espíritu hacia el bien; esto

implica un ejercicio profundo de análisis en nuestra conciencia en la valoración moral de aquello que se nos pide si no queremos ser autómatas en función de intereses.

- **Cuidar:** Es una acción muy noble que implica ocuparse de alguien, de un ser vivo, de la madre tierra que está en condiciones menos favorables que uno mismo. Cuidar es una acción de salir para donarnos. Implica la atención, la asistencia, el reconocer al otro como alguien conmigo sin que pierda su identidad porque sería cosificarlo. Hoy hay mucho a quienes cuidar: un pueblo empobrecido, una familia desvinculada de sus afectos, una instituciones que por inercia hacen lo que hacen al faltarles lo necesario para su funcionamiento, enfermos y ancianos sin esperanza; sin duda todo el mundo inmerso en la pobreza que campea en la sociedad. Como bien lo dice el Papa Francisco, “nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos” (EG 201). Esto llama a mantener una verdadera devoción a la Virgen, no de ritualismos, sino de espíritu; no son mis problemas, son nuestros problemas; no son mis necesidades, son nuestras necesidades; no es mi salud, es la de todo un pueblo; no es mi carencia, son nuestras carencias; no es mi fe, sino la de un pueblo. Cuando aprendamos a usar el “nosotros” y no tanto el “yo”, cambiaremos nuestra estructura mental y eso tendrá repercusión en las decisiones de todos y todas.

Este itinerario no es fácil, el mundo de los valores no es sencillo, implica una vida ascética y no sólo un aprendizaje, es decir, implica decisiones en un proceso de conversión que lleva en sí discernimiento en favor del servicio a la vida; para ello es necesario ser obedientes a lo dicho por Pablo en la segunda lectura (Col 3,12-21): revestirse de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, de tal manera que podamos soportarnos unos a otros, saber perdonarnos mutuamente desde el gran valor del amor, para estar agradecidos por lo que somos y servimos. Este es el itinerario propuesto por la Palabra de Dios. ¿Haremos caso?, ¿seguiremos en más de lo mismo?, no es momento de responder, cada uno en su conciencia hágalo cuando lo crea conveniente, porque este tiempo de crisis global y que se ha acrecentado con la pandemia nos pide a todos definiciones y no tanto entretenimiento. Hay mucho sufrimiento en la sociedad, pero de nuestra libertad y actitudes depende un vuelco total. Dejemos que Jesús vuelva a nuestra casa, él estuvo perdido para que lo encontráramos, no lo abandonemos ahora que nos necesita. Amén.